

## RACISMOS EN AFRICA

Los acontecimientos ocurridos últimamente en Rhodesia traen al primer plano de la actualidad el tema del racismo en Africa. La campaña desencadenada a escala mundial contra el Gobierno de Ian Smith, tras de las ejecuciones de tres africanos, se basan en el «slogan» de que su «Gobierno racista» trata de consolidarse mediante el terror, y por esto vamos a tratar de indagar las verdaderas dimensiones del problema.

Partimos de la base de que toda discriminación racial es moralmente injustificada. Como afirmaba Su Santidad el Papa Pablo VI, en su reciente «Mensaje a Africa»: «El racismo ha sido clara y repetidamente condenado por el Concilio Vaticano II, en sus diversas formas, como contrario a la dignidad del hombre, 'ajeno al espíritu de Cristo' y 'contrario al plan de Dios' y por Nos mismo deplorable en la *Populorum Progressio* como un obstáculo que se opone 'a la edificación de un mundo más justo y más estructurado, según una solidaridad universal'»<sup>1</sup>.

Pero el hecho de que un Gobierno, como el de Rhodesia, admita como base de su política la discriminación racial no quiere decir que todos sus actos emanen de esa doctrina, y por ello también resulta injustificado atribuir significación racista a hechos que, como la ejecución de unos homicidas, carecen de tal sentido.

El 6 de marzo eran ajusticiados en Salisbury tres africanos, condenados a muerte en 1965. El cumplimiento de estas sentencias suscitó una oleada

---

<sup>1</sup> El mensaje pontificio agrega: "Como es sabido, la igualdad entre todos los hombres se funda en el común origen y en el común destino de cuantos pertenecen a la familia humana: 'Puesto que todos los hombres, dotados de alma racional y creados a imagen de Dios, tienen la misma naturaleza y el mismo origen, y puesto que redimidos por Cristo, gozan de la misma vocación y destino divino, se debe reconocer cada vez más la igualdad fundamental de todos'" (Conc. Vat. II, Const. dogm. *Gaudium et spes.*, número 29. A. A. S. 58, 1966).

mundial de protestas. Así, el «Movimiento Anti-Apartheid» llegó a decir que «esas ejecuciones son la prueba definitiva de la despiadada determinación del régimen de Smith de suprimir la oposición a su Gobierno». En análogo sentido se expresaban otras organizaciones del mismo matiz ideológico. Ahora bien, ¿se trataba, en efecto, de condenas capitales pronunciadas para castigar delitos políticos? ¿Los tres africanos eran acaso miembros de alguna organización opuesta al Gobierno de Salisbury que se limitaban a oponerse al Gobierno? Sólo en tal caso estaría plenamente justificado el reproche de que Ian Smith trataba «despiadadamente de suprimir la oposición». Pero los hechos son de muy distinta naturaleza y la acusación antedicha carece de fundamento, porque ni los delitos cometidos por los reos, dos salvajes asesinatos, eran políticos ni se trataba de miembros de ninguna organización de oposición al régimen. Eran, pura y simplemente, tres delincuentes de derecho común. Uno de ellos, Shadreck, había asesinado a hachazos al jefe de su tribu por diferencias personales. Los otros dos, Ndlamini y Mlambo, habían asesinado, en julio de 1964 (año y medio antes de la autoproclamación de la independencia rhodesiana), a Petrus Oberholtzer cuando transitaba en automóvil y se vio detenido por una barrera colocada por los dos africanos. Al parar el vehículo fue asaltado por ellos y cosido a puñaladas, puesto que le asestaron dieciséis, y le produjeron cuatro fracturas de cráneo, después de lo cual le rociaron con gasolina y le prendieron fuego. Este repugnante homicidio fue cometido ante los ojos de su mujer, que le acompañaba, por lo que se explica que ahora, tras ser ahorcados, la viuda haya declarado: «Me siento más satisfecha ahora que los culpables han muerto.»

Por tanto, se comprueba que la justicia rhodesiana se ha limitado en este caso a decretar la sentencia apropiada a estos horrendos crímenes, un castigo igual al que dictarían todos los tribunales de las naciones que se hallasen en presencia de hechos tan monstruosos. Pretender derivar al terreno político este acontecimiento no es objetivo ni razonable.

El asunto adquirió más resonancia porque el Gobierno laborista de Wilson, tal vez con la pretensión de crear dificultades al régimen de Smith, hizo intervenir a la Soberana. El Consejo Privado logró que Isabel II firmase la conmutación de la pena capital por la de treinta años, ejerciendo su «real prerrogativa de gracia». No obstante, el Tribunal de Apelación de Rhodesia denegaba la conmutación de la pena, lo que era criticado ásperamente por el secretario del Commonwealth Office, George Thompson, que declaraba que siendo oficialmente Rhodesia colonia británica, su máximo Tribunal de Ape-

lación seguía siendo el Comité Judicial del Consejo Privado, que es Supremo para la Mancomunidad.

El vocerío contra los regímenes racistas africanos ha alcanzado, de tal modo, una desmesurada amplitud, y por esta razón, en aras de la imparcialidad, convendría averiguar si Rhodesia y la República Sudafricana son los únicos países del continente donde se practica la discriminación racial. ¿No puede suceder, acaso, que muchos de los países miembros de la Organización de la Unidad Africana también la practiquen? En esta búsqueda de la información pertinente vamos a efectuar un somero recorrido por Africa con ánimo de situar el problema en sus verdaderas dimensiones.

A estos efectos consideraremos primeramente el caso de Kenya, Estado que ha saltado, también en los últimos días, al primer plano de la actualidad con motivo del gigantesco éxodo de los asiáticos que lo habitaban.

Allí nos encontramos con que el Gobierno de Nairobi, totalmente africano, practica la discriminación racial contra los asiáticos que allí residen. Con tal finalidad ha puesto en vigor drásticas medidas legales, destinadas a restringir las actividades de los asiáticos que permaneciendo en Kenya no posean dicha nacionalidad africana.

En Kenya existían hasta ahora unos 190.000 asiáticos, principalmente indios y pakistaníes, a los que se dio la oportunidad, al proclamarse la independencia en 1963, para que escogieran la ciudadanía de Kenya o retuvieran la británica. Fueron 120.000 los que eligieron esta última solución, mientras que los 70.000 restantes optaban por transformarse en ciudadanos kenyanos. Ultimamente, ante las crecientes dificultades económicas por que atraviesa el país, el Gobierno de Nairobi, buscando soluciones para absorber el paro, que tan altas cifras alcanza, creyó que el remedio consistía en africanizar el comercio y la artesanía, que permanecían, casi exclusivamente, en manos de estos asiáticos. Era el recurso final que le quedaba, puesto que el Ejército y la Administración habían sido ya completamente africanizados en la etapa de autogobierno, y varios millares de africanos habían encontrado así un empleo. Preparando el terreno, durante los últimos meses se desencadenó una campaña de inspiración gubernamental, que reclamaba la expulsión de los asiáticos, que nunca fueron muy populares, del país. Se excitó deliberadamente la xenofobia, lo que nunca es aconsejable. La radio oficial llegó a decir que los asiáticos «explotan en su provecho la economía nacional». Y el sindicato de empleados de Correos y Telecomunicaciones afirmaba que «los asiáticos no tienen ningún derecho a vivir en Kenya, pues nuestro pueblo no es

responsable de las dificultades que encuentran en su propio país». La consigna caía en terreno abonado, puesto que en años anteriores, y especialmente en 1959, se habían registrado sangrientos asaltos a los barrios asiáticos, produciéndose víctimas y saqueos. En marzo de 1966, el ministro de Comercio, Ngala Mwedwa, hacía saber que el Gobierno había decidido restringir las facilidades en los permisos de trabajo a los extranjeros con el objetivo de «lograr la total africanización de las empresas». El diario de Nairobi *The Daily Nation* acusaba a las compañías asiáticas de excluir a los directores africanos de la planificación y administración, exigiendo que fueran aclaradas debidamente las responsabilidades. Nairobi, al decretar la obligatoriedad de un permiso de la Administración para poder trabajar o desplegar cualquier actividad, permiso que niega a todo asiático que no sea súbdito de Kenya, ha impulsado al éxodo a los 120.000 individuos que habían retenido la ciudadanía británica. Tan sólo los 70.000 asiáticos kenyanos quedan, provisionalmente, excluidos de esta restricción, aunque todo hace suponer que nuevas dificultades les afecten en el futuro, puesto que si las medidas aplicadas tienen una inmediata justificación de índole económica, no debe olvidarse que el origen reside en la xenofobia que existe en Kenya, que fomenta una discriminación racial contra los asiáticos que el Gobierno impone para acatar la voluntad popular.

Si pasamos ahora al Sudán comprobamos que la discriminación racial que practican las poblaciones árabes del norte del país, que detentan todo el poder gubernamental, contra las meridionales (negros no islamizados), llega a tal extremo de dureza que está provocando un auténtico genocidio, puesto que las poblaciones sureñas, para defenderse, mantienen una guerra civil que dura ya muchos años.

El origen de este conflicto, en el que han perecido centenares de millares de seres, radica en que las tres provincias del Sur (Alto Nilo, Ecuatorial y Bahr el Gazal), pobladas por cuatro millones de negros, están poco arabiizadas y rechazan la religión musulmana, que predomina en el norte del Sudán. Desde hace años, el sur viene reclamando un Estatuto de autonomía, a lo que se opone el Gobierno de Jartum, por considerar que ello daría paso a la proclamación de la independencia total. Pero Jartum, que tanto clama porque en Rhodesia los negros tengan derecho a decidir sus propios destinos, no admite, de ninguna manera, esa solución en su propio país, y como consecuencia de todo ello, el Sur se ve devastado, permanentemente, por las «razzias»

que verifica el Ejército nordista, cuyas severas represiones están aniquilando a las poblaciones meridionales <sup>2</sup>.

El objetivo de Jartum es unificar, a toda costa, el país, racial y religiosamente. «El Sudán es uno por el territorio y debe ser también uno por la lengua y la cultura. Con tal de obtener esto estamos dispuestos a suprimir a los tres cuartos de las poblaciones del Sur. A nosotros nos urge la tierra.» Así dijo Sharaf ed Din, subsecretario de Estado en el Sur, para la Educación en Kator, el mes de octubre de 1962. Además: «No escuchéis las pueriles lamentaciones de los sudistas. Perseguidles, oprimidles, maltratadles, según mis órdenes. Quien no cumpla mis órdenes, será acusado por ello», según un documento oficial del Gobierno central de Jartum. Hemos iniciado deliberadamente con estas palabras (dos frases terribles y perentorias) las indicaciones de una condición civil, social, religiosa, de un Estado-polvorín, para el cual el interés respecto a la prensa y la opinión pública es escaso» <sup>3</sup>.

Consignas tan draconianas, al ser estrictamente aplicadas por los funcionarios gubernamentales, llevan a las poblaciones suristas a un indescriptible grado de exasperación que se traduce en constantes motines y disturbios.

«En diciembre de 1964 estallaron desórdenes con ocasión del regreso a Jartum de Clemente Moboro, ministro del Exterior, sudista y católico. Moboro regresaba de una visita hecha al Sur, para darse personalmente cuenta de las vejaciones y las extorsiones del Ejército nordista. Durante su misión había hecho algunas acusaciones gravísimas contra las injusticias del Gobierno y del Ejército, por lo cual, cuando llegó a Bahr el Gazal (lago de las gacelas), los árabes locales le enseñaron, a guisa de advertencia, cabezas de sudistas colgadas en las puntas de unos palos a la entrada de la aldea. Por consiguiente, y en previsión de agitaciones, el avión de Moboro fue desviado de su ruta. Arabes y negros (en Jartum), impulsados por sus respectivas reivindicaciones, vinieron a las manos. Los negros, inferiores en número, se resguardaron en la Misión Americana y en el Comboni College. La Misión Americana fue destruida por el fuego, y el Comboni se libró por la intercesión de algunas personalidades. Pero la reyerta extendía su furor por toda la ciudad; centenares de negros fueron bárbaramente asesinados y arrojados al Nilo, mientras la policía era impotente o quería serlo. De la Misión católica de Sambat que-

<sup>2</sup> Véase JULIO COLA ALBERICH, "Africa, entre conferencias y subversión", núm. 82 de esta REVISTA.

<sup>3</sup> CARLO MELE, "El problema del Sudán", núm. 90 de esta REVISTA.

daron sólo los muros, como testimonios mudos. El 7 de diciembre de 1964, el Camboni College fue asediado de nuevo al grito de «¡Queremos matar a los negros!»... Entre tanto proseguía la caza al negro. Frecuentes batidas de casa en casa diezmaban familias enteras. Se abrían campos de concentración bajo el control de la policía. Algunas mujeres dieron a luz en medio de la calle; el hambre imperaba, y hubo vendedores de alimentos que hasta llegaron a emponzoñar familias enteras...»<sup>4</sup>.

Esta persecución a sangre y fuego explica que las tribus del Sur mantengan una guerra de guerrillas desde que fue proclamada la independencia sudanesa, y a consecuencia de este conflicto ha sido exterminada más de medio millón de la población del Sur, en acciones que revisten todas las características del genocidio, según un plan trazado meticulosamente. No obstante, en las miríficas reuniones de la O. U. A. no se han alzado nunca voces suficientemente enérgicas como para impedir la prosecución de este exterminio de sus «hermanos de raza».

Ya que hemos examinado el caso sudanés—progresiva aniquilación de los negros a manos de los árabes—, vamos a proceder a recordar el caso inverso de Zanzibar, para completar la idea de cómo la más dura discriminación es casi general en el continente.

En Zanzibar, la independencia se proclamaba el 10 de diciembre de 1963. El sultán, Sayyid Jamshid bin Abdullah, recibía en su palacio las felicitaciones de un selecto grupo de personalidades: el rey de Burundi, el duque de Edimburgo—representante de Su Graciosa Majestad británica—, el Aga Jan y Ralph Bunche, representante de las Naciones Unidas. En su discurso, el sultán declaraba su propósito de constituir un «Estado próspero, fuerte y democrático».

El 4 de enero, el Gobierno del sultán disolvía el partido «Umma», que congregaba a los árabes de tendencia socialista y que estaba dirigido por Mohammed Babu. Diez días más tarde, una rápida revolución destronaba al sultán, que era reemplazado por un «Gobierno del partido revolucionario de la República de Zanzibar», cuya presidencia se confiaba a Abeid Amame Karume. Durante la sangrienta revuelta, los negros del partido Afro-shirazi aniquilaron a los árabes que pudieron encontrar, degollando a miles de ellos, y salvándose sólo aquellos que lograron huir—como Shamti Hamadi, jefe del Gobierno y representante de la minoría árabe—u ocultarse. El exterminio fue

---

<sup>4</sup> CARLO MELE, *Op. cit.*, pág. 240.

tan completo que Karume podría proclamar al día siguiente: «El antiguo Gobierno está muerto y enterrado.» Todos los puestos prominentes eran ocupados por negros, como el «mariscal» John Okello; el ministro del Interior, Oginga Adinga; el jefe del Gobierno, Kanga, y el presidente de la República, Karume.

De forma tan expeditiva se resolvían las querellas raciales entre árabes y negros, que habían explotado, periódicamente, durante los últimos años y que no habían llegado a una solución definitiva por la presencia de las tropas británicas. La enemistad, odio más bien, entre árabes y negros había desembocado, antes de la proclamación de la independencia, en hechos tan sangrientos como los de las luchas raciales de junio de 1961, reanudadas al año siguiente, que ocasionaron varios centenares de muertos. Para calcular las verdaderas proporciones del genocidio que los negros practicaron sobre los árabes bastará conocer el dato de que el «mariscal» Okello se vanaglorió públicamente de haber «matado a veinte mil enemigos» durante la revolución que capitaneó en enero de 1964<sup>5</sup>.

En esta mitad oriental del continente tenemos otros numerosos conflictos (Eritrea-Etiopía, tribus somalíes del Ogaden bajo dominio etíope, tribus somalíes de Kenya bajo dominio de Nairobi, etc.)<sup>6</sup> que dimanar de una discriminación racial muy profunda. Otro tanto sucede en Mauricio, cuya próxima independencia puede desembocar en un baño de sangre.

Si examinamos ahora el panorama de las regiones occidentales del continente descubrimos que uno de los mayores conflictos bélicos que ha contemplado el Africa de nuestros días, la devastadora guerra civil nigeriana, reposa también sobre la discriminación racial.

En efecto, Nigeria, como los restantes Estados africanos nacidos de la descolonización, es totalmente artificial, y dentro de sus caprichosas fronteras quedan englobados tres grupos étnicos principales: los hausas al Norte, los yorubas al Sudoeste y los ibos al Sudeste. Desde la proclamación de la independencia de la Federación de Nigeria, el 1 de octubre de 1960, hasta julio

---

<sup>5</sup> "Para estar vivos, debéis obedecer a las órdenes, y si alguno vacilase en hacerlo, yo estoy dispuesto a levantarle la barbilla con mi pistola ametralladora y a vaciar mi cargador en su cabeza, como si nada. Esta es la manera más fácil de desembarazarse de insensatos y perversos, como los que pensaban que podrían dirigir un Gobierno..." Alocución pronunciada por el "mariscal" Okello en Radio Zanzibar el 18 de enero (*Jeune Afrique*, núm. 168).

<sup>6</sup> JULIO COLA ALBERICH, "Un área turbulenta en Africa", núm. 90 de esta REVISTA.

de 1964, estas tres razas principales—entre las más de 300 tribus que pueblan el territorio—lograron convivir precariamente. Pero a partir de dicha fecha se iniciaron graves choques, que fueron el preludio de la espantosa guerra que destroza el país. Desde entonces los hausas se dedicaron al exterminio de los ibos que residían en las comarcas septentrionales, dedicados al comercio en su mayoría. Se dio así salida a unos odios acumulados durante siglos. «Los ibos estaban en todas partes, iban camino de convertirse en un factor decisivo en la vida de Nigeria. Por esa región del Norte, donde todavía dominaba la tribu hausa, no sólo formaban una minoría de singular importancia, sino que eran, ya con mucho, el elemento más rico de la población, siempre, por supuesto, exceptuando a una pequeña y acaudalada minoría de la tribu hausa, la que tenía en sus manos los instrumentos del poder. Cuando en 1956, cuatro años antes de la independencia, Inglaterra concedió un régimen de autonomía a la región norte de Nigeria, los ibos quedaron excluidos formalmente de la burocracia regional. Esto, que podía considerarse como la demostración de una actitud de odio más que de recelo ante una minoría que había alcanzado posiciones de mucho relieve, apenas sirvió para hacer más llevadera una situación caracterizada por profundos antagonismos tribales... Esta animosidad, acentuada por razón de diferencias religiosas y tribales, era una de las características dominantes en la vida de toda la región norte de Nigeria... Colin Legum, de *The Observer*, de Londres, recordaba hace poco, con motivo de la situación planteada en Nigeria: 'La propaganda local (en el Norte) contra los ibos ha sido durante años de naturaleza virulenta. Un folleto particularmente notorio, publicado con ocasión de las elecciones de 1964, los caracterizaba en forma que era muy parecida a aquella en que Julius Streicher había caricaturizado a los judíos en *Der Stuermer*. El año pasado visité el Norte y me produjo gran desasosiego la intensidad de los sentimientos anti-ibos. Mientras los campesinos se quejaban de la explotación, las gentes del Norte educadas hablaban de los ibos como parásitos, criminales, avariciosos y seres subhumanos desprovistos de cultura genuina"<sup>7</sup>. Como consecuencia de todos estos odios, que habían acumulado los hausas dominadores, la discriminación racial que practicaban contra los ibos—a los que se obligaba a vivir en barriadas a extramuros (*Saba N'gari*)—dio paso, desde octubre de 1964, a una vasta acción de exterminio, emprendida por los hausas, asaltando sus viviendas, asesinandolos a millares, sa-

<sup>7</sup> Véase *Mundo*, núm. 1.384, págs. 35-41.

queando sus propiedades y obligando a los ibos supervivientes a buscar refugio en la región de que son oriundos, el Sureste. En septiembre de 1966 «se desató el tercero y más terrible exterminio de ibos, al grito de '¿Ina Nyammari?', que quiere decir en lengua hausa '¿dónde están los malditos ibos?'. Las turbas salieron a la calle dispuestas a completar la obra iniciada por soldados del Quinto Batallón, el mismo que hacía pocos años había ganado en el Congo la reputación de ser una de las unidades militares mejores y más disciplinadas. La noticia de que la minoría hausa en la región del Este—formada por unas 10.000 personas—estaba siendo víctima de persecuciones y asesinatos, fue el estímulo. La matanza de Kano, cuando soldados y amotinados se lanzaron contra el aeródromo, la estación, los hoteles, comercios y cafés, todos los sitios, en fin, donde era probable que se encontraran ibos para atacar con armas de fuego y con puñales, matar y mutilar, y para entregarse también al saqueo y al pillaje en vasta escala, se extendieron rápidamente a otras poblaciones»<sup>8</sup>.

Los ibos huídos del Norte, los que pudieron escapar con vida, se refugiaron en la región este de Nigeria, que han tratado de independizar con el nombre de República de Biafra, de una Federación que solamente buscaba su exterminio. Sin entrar en detalle sobre las etapas que condujeron a esta situación—que hemos estudiado en otro trabajo precedente<sup>9</sup>—, lo cierto es que desde el verano del pasado año, Nigeria se desangra en una guerra civil que lleva ocasionados más de doscientos mil muertos. Las tropas federales de Gowon, fuertemente armadas con material extranjero moderno y disponiendo de técnicos de los más diversos países, atacan a las tropas y a la población civil biafreña con ferocidad inaudita. Los biafreños resisten desesperadamente, aun estando en condiciones de gran inferioridad militar, porque saben que su supervivencia está en juego, y prefieren morir combatiendo a ser exterminados por sus enemigos raciales si éstos ocupan la región. En el caso nigeriano contrasta la indiferencia con que las naciones africanas contemplan el espantoso genocidio con el celo desplegado por Su Santidad el Papa para mitigar las proporciones de la tragedia. A finales de diciembre, Pablo VI—a través de su enviado especial en Nigeria, monseñor Dominic Conway—enviaba un mensaje al general Gowon, diciendo estas prudentes

<sup>8</sup> *Mundo*, núm. cit.

<sup>9</sup> JULIO COLA ALBERICH, "Secesión en la Federación de Nigeria", núm. 92 de esta REVISTA.

palabras: «Vuestra excelencia es, sin duda, perfectamente consciente de la terrible eventualidad de ver una situación como la que existe en el presente, aquí y en otras partes del mundo, escapar a todo control e implicar atrocidades y una matanza general. El Santo Padre está muy preocupado por evitar que se llegue a tan terribles extremos. Hacemos llamamiento a vuestra excelencia, en nombre del Santo Padre, en nombre de la Humanidad y en nombre de nuestro amor común por nuestras queridas poblaciones, para que adopte todas las medidas humanamente posibles, a fin de descartar este peligro e impedir toda manifestación de odio y de vindicta.» A primeros de febrero, el Santo Padre dirigía un nuevo mensaje a Gowon. La Cruz Roja Internacional también ha dirigido reiteradas protestas a Lagos por los inhumanos bombardeos de la población civil biafreña<sup>10</sup>. La O. U. A. tan sólo efectuó un tímido intento de conciliación, a finales de noviembre del pasado año, llevado a cabo por el emperador de Etiopía y los presidentes de Ghana y Camerun, que se trasladaron a Lagos para gestionar una amistosa reconciliación, obteniendo tan sólo una seca negativa de Gowon al cese de la acción militar federal.

En cuanto a la República del Chad, el Frente de Liberación Nacional de dicho país, el F. R. O. L. I. N. A. T., actúa contra el Gobierno del presidente Tombalbaye, para «destruir este régimen de opresión y de discriminación»<sup>11</sup>. Sin entrar ahora a tratar de la mayor o menor veracidad de estas afirmaciones, lo cierto es que en el Chad, como en otros muchos Estados del occidente africano, la heterogeneidad entre sus poblaciones del Norte y del Sur conduce a un antagonismo entre las mismas. En el Chad radica en el Norte una población musulmana de raza caucásica, mientras que el Sur está habitado por tribus no musulmanas, negras, entre las que destacan los sara, la etnia más numerosa de la nación. La línea divisoria entre ambas la constituye, en términos generales, el río Batha hasta los confines orientales de Abeche y las comarcas al sur de las montañas de Uadai. Y en esa zona de fricción se han registrado, desde hace varios años, incidentes de cierta gravedad entre los dos grupos raciales. Entre ellos figuran los desórdenes ocurridos en Uadai en el verano de 1965 y los de Salamat de febrero de 1967. Los dirigentes del F. R. O. L. I. N. A. T. estimulan esa hostilidad acusando al Gobierno de

---

<sup>10</sup> La última protesta fue cursada el 25 de febrero por el delegado de dicha Organización, M. Jean René Pierroz, por la incursión de la aviación federal sobre Awgu, donde ocasionaron la muerte de 250 civiles el 17 de febrero pasado.

<sup>11</sup> Según afirma en sus últimas declaraciones, el 4 de marzo, en Argel.

Fort Lamy de oprimir a la comunidad musulmana y de practicar la «discriminación racial y religiosa». Como consecuencia de esa acción propagandística se ha excitado la animosidad septentrional hasta el grado de notable peligrosidad, que atestigua la presencia, en distintos lugares, de bandas rebeldes que combaten a las fuerzas gubernamentales. Estas bandas insurgentes reciben ayuda y refugio en la vecina República del Sudán, cuyos dirigentes apoyan abiertamente a sus «hermanos musulmanes oprimidos» chadies, a los que autorizaron a crear en Jartum un «Gobierno de la República Islámica del Chad en el exilio», acto que motivó, en el verano de 1965, una aguda tensión entre Fort Lamy y Jartum, aumentada tras el ataque, realizado en diciembre del mismo año, del puesto fronterizo de Adré por elementos rebeldes procedentes de territorio sudanés.

Y algo de esto ocurre en Ruanda. Anteriormente a la independencia, en el protectorado belga de Ruanda-Urundi se encontraban tres grupos étnicos diferentes: los batutsi, los bahutu y los batwa. Estos últimos, que fueron los primeros ocupantes del país, constituyen actualmente sólo el 1 por 100 de la población autóctona. Los hutu son esencialmente agricultores, pueblo muy sano, caracterizado por un fuerte índice de natalidad, que acabó por ocupar todo el país y que ahora constituye el 85 por 100 de la población de los dos Estados en que se dividió el antiguo protectorado. Los tutsi, viniendo del Noroeste en épocas remotas, condujeron sus rebaños a estas comarcas de pasto abundante, y su instalación en el país fue más una infiltración que una invasión. Los tutsi acabaron dominando a los hutu—pesé a su inferioridad numérica, ya que sólo forman el 14 por 100 de la población—, imponiendo una política de segregación. Esto creó, a través de los siglos, rencor, que terminó en odio entre los tutsi—de origen hamítico, grandes señores, jefes, pastores y dueños del país—y los hutu, de origen bantu y tradicionalmente siervos. En 1957 se produjo el choque en gran escala entre los dos grupos raciales, registrándose acontecimientos que pueden figurar entre los más sangrientos que ha presenciado el continente africano. Miles de muertos, aldeas incendiadas, inauditas ferocidades representan el trágico balance de estos combates desarrollados en los años inmediatamente anteriores a la independencia. Cuando, en 1962, los hutu tomaban el poder en Ruanda, los tutsi emigraron en su mayoría, perseguidos y acosados por sus rivales, refugiándose en Burundi. La independencia, otorgada en julio de 1962, los aislaba provisionalmente; pero al año siguiente en Ruanda se registraban matanzas en masa de los tutsi que allí habían quedado, y a su vez, los tutsi de Burundi comenzaban sus

incursiones en Ruanda. Tan sólo en enero de 1964 fueron exterminados en Ruanda 18.000 de los tutsi que permanecieron en el país; es decir, el 0,7 por 100 de la población total de Ruanda. En definitiva, las poblaciones tutsi han sido objeto en Ruanda no solamente de una drástica discriminación racial, sino víctimas de un monstruoso genocidio llevado a cabo por otra población africana.

\* \* \*

Si pasáramos revista a todos y cada uno de los Estados que se extienden por el continente africano comprobaríamos—a la luz de las diversidades étnicas que presentan y tomando como fondo la historia de sus agrupaciones humanas—que resulta general la tendencia a que el poder, en cada uno de ellos, sea monopolizado por un sector racial más o menos amplio, de entre los que componen su población. En ese preciso instante, al no ser general el disfrute del poder<sup>12</sup>, al no existir iguales oportunidades para el acceso a los puestos dirigentes políticos o administrativos, se produce una discriminación, que puede estar basada en el factor diferencial religioso o racial. Este es un hecho prácticamente general, y aunque en ciertos casos, como aquellos en que nos hemos detenido, aboca a un conflicto espectacular de serias proporciones—a un sangriento conflicto que reviste todas las características que definen el genocidio—, esto no parece inquietar a los más conspicuos dirigentes continentales ni siquiera, en último término, a la Organización de la Unidad Africana, que cuenta, entre sus fines teóricos, el de arbitrar la resolución pacífica de las diferencias que se producen en Africa. Esta forma de enfocar la realidad resulta desconcertante, pero adquiere caracteres de grave irresponsabilidad cuando, en vez de aplicar todas las energías a detener las

---

<sup>12</sup> Expresión ésta: “disfrute del poder”, que responde exactamente a la realidad, puesto que el acceso a cualquiera de las actividades dirigentes, en el Africa de nuestros días, representa la opulencia con respecto al resto de la población. Así, el presidente del Congo, Mobutu, reconocía que los gastos de misión de un funcionario se elevan a 5.000 francos diarios; es decir, lo que cobra por un mes de trabajo un asalariado de Kinshasa, por tres meses de trabajo un obrero de Kivu o por seis meses de labor un campesino de Kasai. Así se comprende que los gastos de personal absorban el 78 por 100 del presupuesto congolés, el 64 por 100 del de Dahomey en 1964, etc. Como afirma un profundo conocedor de Africa: “En seis meses de trabajo un diputado africano gana tanto como un campesino africano de nivel medio durante toda su vida de dura labor” (RENÉ DUMONT, *L'Afrique Noire est mal partie*, pág. 71. París, Seuil, 1967).

## RACISMOS EN AFRICA

hecatombes de víctimas africanas, centra sus esfuerzos en fomentar la aparición de nuevos focos de exterminio, atizando el rescoldo de la rebelión en algunos lugares que, si bien conocen la discriminación racial impuesta por las minorías blancas—como en Rhodesia o Sudáfrica—, registran un nivel de vida de las poblaciones africanas muchas veces superior al que existe en los Estados independientes, y que, en todo caso, aunque privados de ciertos derechos, estos africanos pueden vivir en completa seguridad personal, lo que, evidentemente, envidiarán algunos otros africanos «libres», como los ibos o los meridionales del Sudán.

JULIO COLA ALBERICH.



*CRONOLOGIA*

---

